

y normal. Sentado cómodamente en una casa de Weimar, con vista á la ciudad, rodeado por la solicitud cariñosa de la Sra. Forster-Nietsche, su hermana, dejaba que la mirada, errabunda pero tranquila, vagase por la línea azulada de las colinas que se agrupan desde Daasdorf hasta Gellmerode. En ocasiones, seguía con aire de vaga satisfacción, quizá de inconsciente gratitud, los pasos de las personas que lo rodeaban. Singular antítesis la que presenta Weimar, entre los dos hombres que más la han honrado: NIETSCHE y Goethe. Aquél, atormentado por la incertidumbre, náufrago en el océano de las teorías kantianas, y como nuevo Prometeo, roído por los buitres de la malaria moral; éste, tipo ideal de legendaria serenidad, sin un tropiezo en su carrera, sin haber conocido jamás los tormentos de la duda.

Cuando NIETSCHE acabó de publicar, en 1889, su libro titulado *El Crepúsculo de los falsos dioses, ó cómo se fabrica la filosofía á martillazos*, uno de ellos le cayó sin duda en la cabeza y trajo consigo la catástrofe final.

v. JEANROY-FÉLIX

HISTORIAS GRANADINAS

I

El consejo de un padre

Cuando Granada estaba en poder de los moros (antes de que los echaran de aquella ciudad los reyes católicos, coronando con aquel triunfo una guerra continua de ochocientos años), reinaba allí un monarca de la familia de Alhamar, el que labró el palacio de la Alhambra; y que había heredado con la corona de aquel príncipe su valor y prudencia.

Amaba á sus vasallos como un padre, y los gobernaba en paz; oyendo él propio sus quejas, sentado en una de las puertas que dan entrada á aquel alcázar, por lo cual se

llamaba entonces, y se llama hoy en día, *Puerta de la Justicia*.

A pesar de ser ya viejo, conservaba mucha robustez de alma y de cuerpo; porque vivía con sobriedad y templanza en medio de los placeres de la corte; y cuando no estaba acaudillando sus tropas en la guerra, se ejercitaba en la caza, á la que era muy aficionado.

Mas como al cabo sintiese que se iba acercando la hora de su muerte, y que el reino iba á recaer en su hijo mayor, el cual, lejos de obedecer los preceptos de su padre y de seguir su ejemplo, pasaba su mocedad en el ocio y en el deleite, hasta el punto de parecer débil y achacoso en la flor de sus años, llamó el rey á su hijo segundo Ismail, que mostraba muy buen natural, y reverenciaba como era debido á su padre.

Hallábase éste una noche recostado en una alfombra, apoyada la cabeza sobre la mano derecha; y haciendo que su hijo se sentase junto á él, y después de mirarle unos momentos con ternura y cariño, le dijo de esta suerte:

“Ya ves, hijo mío, que se acerca el fin de mi vida; y ésta se va apagando lo mismo que esa luz. Mucho temo que tu hermano (¡Dios no lo permita!) sea víctima de los vicios; que se han apoderado muy temprano de su corazón, y le tienen esclavizado; en cuyo caso, no sería cosa extraña que hiciese desgraciados á sus pueblos y que corriese él propio mil peligros. Tú, hijo mío, debes amarle como hermano; procurar atraerle á la senda de la virtud con tus exhortaciones y ruegos, y aun más poniéndole delante el espejo de tu conducta; pero sin orgullo ni vanagloria, para no mortificarle y hacerle peor por envidia y despique. Guárdate, sobre todo, de mostrarle el menor deseo de usurpar su corona: ejemplo pernicioso, que han dado muchos de nuestros mayores, y que traerá al fin la perdición del reino, si Dios no aparta de él tan funesta calamidad. Poco puedo hacer en favor tuyo, aunque te miro, hijo mío, como la prenda de mi alma; pero para darte á lo menos alguna

prueba de mi cariño, voy á confiarte un secreto que me reveló el sabio Abén Aabuz, el que labró la corona real con los granos de oro que trae el Dauro entre sus arenas.

“Es tradición constante, transmitida de padres á hijos, que en la pendiente del monte que media entre la torre de *Comares* y la corriente de aquel río, hay escondido debajo de tierra un tesoro riquísimo, que sepultó allí para mayor seguridad uno de los primeros reyes de Granada. No se sabe precisamante el sitio, pero sí que lo ha de descubrir un príncipe de nuestra familia; y que en apoderándose de él, alcanzará por recompensa un reino. ¡Cuál sería mi gozo, hijo mío, si llevara al sepulcro la esperanza de que tú habías de poseerlo! Mas has de saber que está prohibido el buscarlo por manos de cautivos cristianos ó de infelices vasallos; y antes bien el príncipe á quien destina el cielo tan precioso hallazgo, ha de labrar él propio la tierra, regándola con el sudor de su frente. Dios así lo ha dispuesto.

“Todos los días, al nacer el alba, ha de bajar al repecho del monte, después de haber purificado su cuerpo y dado gracias al cielo por dejarle disfrutar la luz del día; y en seguida empezar á cavar la tierra con buen ánimo, hasta que el mismo cansancio de sus miembros le anuncie que debe dar fin á la tarea, y emprenderla al día siguiente en paraje distinto. Pero cuenta con que no desmayes; porque Dios ha destinado el premio al trabajo y á la constancia.”

Calló el buen viejo; y dejó caer la barba sobre el pecho, en tanto que su hijo le besaba el borde de la vestidura en señal de veneración y respeto; hasta que, por un movimiento involuntario, se arrojó en brazos de su padre, regándole el rostro con abundantes lágrimas, como si le predijese el corazón que le veía entonces por la última vez de su vida.

Así sucedió efectivamente: al virtuoso monarca le hallaron muerto á la mañana, con el rostro tan apacible

como si continuase durmiendo. Pagáronle abundantemente sus vasallos el mejor tributo para los reyes, que es el amor de los pueblos; y vieron éstos, con pesar y desconfianza, subir al trono á su hijo mayor; temiendo muchas desdichas de un príncipe tan dado al ocio, y no esperando bien ninguno de quien se había mostrado deseoso de heredar á su padre.

No así Ismail, quien le lloró con la mayor amargura y desconsuelo; yendo después todos los días al lugar en que estaba sepultado, dentro del palacio mismo, junto al *Patio de los Leones*; y no hubo una sola vez en que no se le arrasasen en lágrimas sus ojos al leer la inscripción que pusieron sobre el sepulcro, grabada con letras de oro y de varios colores sobre una losa de mármol blanco de la sierra de *Macael*.

No olvidó tampoco el príncipe, como que había sido tan buen hijo, seguir el consejo que le dio su padre la víspera misma de su muerte; y en cuanto se lo consintió lo agudo de la pena, bajaba todos los días, sin faltar ni uno solo, al sitio que le había designado, quedándose como enajenado y absorto al ver salir el sol por aquellos montes, que caen á la parte de oriente; los árboles y las plantas cubiertas de rocío, como menudas perlas; y los ruiseñores y calandrias cantando en aquellos espesos bosques, mientras al pie sonaba el sordo murmullo del río.

“En el nombre de Dios, y á la buena memoria de mi padre,” decía el príncipe todas las mañanas al levantar por primera vez la azada para remover la tierra; y después de haber trabajado algunas horas, se volvía á su palacio con el cuerpo ágil y el ánimo tranquilo, como aquel que está satisfecho de sí propio por haber cumplido con su obligación.

Continuó haciendo lo mismo durante algunas lunas, sin hallar el menor rastro ni vestigio del tesoro que buscaba; pero sin desconfiar por eso en lo más mínimo: tanta era la fe que tenía en las promesas de su padre. Y cuando un día estaba ya á punto de dejar la tarea, sintió que

el azadón se detenía en un estorbo, cual si fuese una piedra; escarbó más, y creyó, por el color oscuro, que era una pizarra; pero habiéndola sacado de debajo de tierra, se cercioró de que era una caja de plomo, y le palpitó el corazón entre el temor y la esperanza. La mano le temblaba al abrirla; no pudiendo concebir cómo cabría en una caja tan pequeña un tesoro de mucho precio, aun cuando consistiese en esmeraldas y rubíes, amontonados como granos de trigo. La abrió al cabo, y se quedó helado al hallarla vacía; pero así que pasó la sorpresa, examinó con atención el fondo y vio que entre varias lazadas y flores había grabados también unos caracteres, que se leían distintamente, y sólo decían: *Más allá.*

Con este anuncio, que miró el príncipe como un favorable pronóstico, sintió dilatársele el pecho, y concibió nuevas esperanzas, sin llegar á perderlas nunca, á pesar de lo que se retardaba el cumplimiento de su deseo. En distintas ocasiones halló siempre el mismo letrado, escrito unas veces en azulejos de mosaicos, labrados con piedras de diversos colores; y hasta una vez, habiéndose empeñado en arrancar la raíz de un árbol que estaba muy profunda, vio talladas en la madera misma las propias palabras: *Más allá.*

Entre tanto, pasó un año, y otro; y como el nuevo monarca, apenas subió al trono, dio rienda suelta á sus pasiones, al cabo de poco tiempo se halló falto de fuerzas, sin poder casi blandir una lanza ó manejar las riendas de un caballo, en términos que muy en breve llegó á ser objeto de menosprecio á los ojos de sus vasallos, que estaban acostumbrados á ver en los reyes de Granada unos protectores en la paz y unos defensores en la guerra.

Tanto fue el estrago que hicieron en aquel príncipe la molición y el regalo, que casi perdió la memoria; se oscureció su entendimiento; y le causaba tal tedio y aversión el gobierno del reino, que él propio renunció la corona y se fue á arrastrar una vida miserable en el palacio de *Generalife.*

A buena dicha tuvieron las principales tribus de Granada verse libres de aquel mal príncipe, que podía causar la ruina del Estado; y reuniéndose los caudillos Abencerrajes con otros no menos famosos que encerraba aquella ciudad, aclamaron todos unánimes á Ismail, y fueron á buscarle cabalmente al sitio mismo en que estaba á la sazón labrando la tierra.... La primera noticia que tuvo el príncipe de la suerte que le aguardaba, fue escuchar el clamor general que decía:

“El que ha sido buen hijo, también ha de ser buen monarca; y el que ha robustecido sus miembros con las fatigas campestres, sabrá resistir las de la guerra para defender su corona.”

II

El feliz encuentro

A pocos años de haberse reconquistado Granada del poder de los moros, nació en aquella hermosa ciudad un niño de buen natural y gentil persona, pero de una familia humilde y extremadamente pobre. Hasta tuvo aquel angelito la desdicha de perder su padre, siendo todavía de muy corta edad; y quedó al cuidado de su madre, cargada de años y tan necesitada, que cuando no podía ganar la vida con su trabajo, “y le faltaba el sustento necesario (según cuenta un escritor veraz), iba con su hijito de la mano á la portería del convento, donde le acudían con los cortos alimentos que reparten á los pobres vergonzantes.”

Tomáronle afición los religiosos, bien que el niño lo merecía: dócil, sumiso, lleno de candor y de inocencia; en tales términos, que todas las madres le citaban por dechado y modelo á los demás chicos de la Alhambra.

Tenía un alma tan noble y un corazón tan tierno, que no podía ver una lástima. Ocasión hubo en que viendo pasar á un pobre, viejo y achacoso, se quitó el pan de la boca para socorrerle.

En algunos ratos de esparcimiento solía ir nuestro muchacho á buscar á una buena vieja, que tenía un her-

moso huerto al lado mismo de los *Siete Suelos*; y se quedaba embelesado oyéndole referir mil historias y cuentos.

Aquella buena mujer era mora, motivo por el cual otros rapaces del contorno solían insultarla, llamándola *perra*; y se complacían en hacer rabiar á la vieja, hurtándole algunas frutas de los árboles, y sobre todo las mejores granadas, que tan hermosas se crían en aquella tierra. Nuestro muchacho conocía que no había causa ni razón para ofender así á una pobre mujer, faltando á lo que manda la ley de Dios, de no hacer nunca á otro lo que no quisiéramos que nos hiciesen á nosotros mismos. Tomó, pues, más de una vez la defensa de aquella desventurada, intercediendo por ella y salvándola de nuevos insultos: así, un niño tan débil y menesteroso, sin más que el impulso de la caridad, pudo hacer bien á su prójimo.

Pues como se hallase una tarde jugando con otros chicos á *moros y cristianos*, según uso de aquellos tiempos, acertó á pasar por allí el marqués de Mondejar, primero de este título, que tanto había contribuído con su valor y consejo á la conquista de Granada, recibiendo por recompensa ser nombrado Capitán General de aquel reino. Salía el noble marqués de pasear por su huerta (que hasta hoy día lleva su nombre), y se encaminaba desde el palacio de la Alhambra al de Generalife. Temió el buen caballero no se hiciesen daño los chicos en aquella reñida pelea, y parándose á cierta distancia, le llamó la atención uno de ellos por su modesto ademán y agraciado rostro, y le hizo seña para que se acercase.

Obedeció el muchacho, más encendido que una amapola, y pudiendo apenas dar un paso por temor de que le riñesen. Templó entonces el marqués la gravedad del rostro, y se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

- ¿Cómo te llamas, niño?
- Luis me pusieron en la pila.
- ¿De dónde eres natural?
- Aquí mismo he nacido.

—¿Tienes padres?...

No contestó el muchacho, y levantó los ojos al cielo.

—¿Por qué no respondes?...

—Sólo tengo madre, y la pobrecita está muy vieja.

—¿Eres muy pobre?

—Nada me falta con el favor de Dios.

—¿Quieres venir á mi palacio, y estarás mejor?

—No, señor, que mi madre se quedaría sola y se pondría muy triste.

—¿Y si consiente en ello?

—Entonces... entonces haré lo que me mandare.

Quedó prendado el marqués del despejo del muchacho, y aún más de las hermosas dotes de su alma; y mandando venir á aquella buena vieja, dispuso el modo y forma de que viviese holgadamente, y trájose al chico á su palacio, donde se crió al lado de sus propios hijos.

Fue creciendo en años, y cada día se aumentaba el santo temor de Dios y el amor al prójimo que había mostrado desde niño; ellos servían de luz y guía á su clarísimo entendimiento, aventajándose á todos en las escuelas y colegios. Su diversión era el estudio; su placer y delicia, hacer alguna buena obra.

Llegado á la edad viril, aprovechó cumplidamente los favores del cielo, siendo un varón eminente en saber y virtudes. Las palabras fluían de sus labios más dulces que la miel de un panal: predicaba con la persuasión, y aún más con su ejemplo; explicaba los sagrados misterios de la religión y su moral purísima, y dejó á la posteridad en sus excelentes obras, sabroso pasto y útil enseñanza.

El huérfano desvalido, que amparó el marqués de Mondejar, adquirió eterna fama, no menos para sí que para su patria, bajo el modesto nombre de FRAY LUIS DE GRANADA.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA